

SERIE NEGRA

José Montero

# Los trabajos del infierno

Ilustraciones: Agustina Anselmi Rodríguez



**Quipu**

SERIE NEGRA

José Montero

# Los trabajos del infierno

Ilustraciones: Agustina Anselmi Rodríguez



Quipu

# Índice de contenido

[Los trabajos del infierno](#)

[Portada](#)

[LARGA VIDA AL METAL](#)

[EL EXPERTO](#)

[VORAZ](#)

[BURBUJAS INCANDESCENTES](#)

[UN APLAUSO PARA EL ASADOR](#)

[SEMÁFORO](#)

[UNIDAD DE QUEMADOS](#)

[EL DESCUBRIDOR DEL FUEGO](#)

[LA CAJA DE ZAPATOS](#)

[Biografías](#)

[Legales](#)

[Sobre el trabajo editorial](#)

[Contratapa](#)

# Los trabajos del infierno

**José Montero**

Ilustraciones:  
Agustina Anselmi Rodríguez

**Quipu**



## **LARGA VIDA AL METAL**

Cuando me presento como José Martínez Herrero, la gente piensa que estoy diciendo José Martínez, herrero. Cree que anuncio, junto con mi identidad, mi profesión. La verdad es que yo simplemente digo mi nombre y apellidos completos. Pero sí, también soy herrero. Así que segundo apellido y oficio son lo mismo. Soy Herrero. Soy herrero.

Lo malo de trabajar con metales en la ciudad es que los encargos son aburridos. Pura reja. Pura protección de balcón. Pura seguridad. Los clientes quieren lo más barato posible. Nada de creación. Nada artístico. Todo cuadrado. Chapa, varilla, perfiles, caño, soldadura eléctrica, amoladora.

Yo odio la soldadora eléctrica, y eso que empecé en este rubro por la fascinación de las chispas que vuelan cuando apoyás el electrodo. De chiquito me quedaba horas mirándolas de lejos en el taller del barrio.

Pero una cosa es observar, y otra, tener los chispazos a treinta, cuarenta centímetros de la cara. A mí me encanta. Me encantaba, quiero decir. El problema es que no puedo trabajar con máscara. Me siento como esos motoqueros que andan con el casco en el codo. Si se caen o chocan, no les va a servir de nada para amortiguar el golpe en la cabeza. Yo uso la máscara para tapar la campera de cuero. Me la saco antes de soldar y así queda protegida, como el codo del motociclista. ¿Y mi cara? Ya tengo varias quemaduras.

¿Y la vista? Por suerte no me saltó ninguna chispa adentro. Sí a los párpados, no a los ojos propiamente dichos.

La máscara te asfixia. No soporto respirar siempre el mismo aire. Y el visor de vidrio es tan grueso, tan oscuro, que solo ves cuando el electrodo está meta echar chispas. Después es laburo a ciegas. Y yo necesito ver dónde estoy poniendo el punto de soldadura.

Ahora me doy cuenta de las consecuencias. Mi visión disminuyó. Y además me fumo todo el humo, en especial cuando trabajo en lugares cerrados. Te enloquece. Te deja la cabeza hecha un manojo de ideas estúpidas. Mi mujer me dice que cuando vuelvo a la noche estoy raro, que no soy el mismo, que cambié, que me quedo callado, que tengo la mirada perdida, que no puede contar conmigo, que solo me encierro a escuchar Metallica y grito “Larga vida al metal”. Un montón de cosas me dice. Me tiene harto. Me tenía, bah. Ya no. Ya se fue, me dejó.

Y, ahora que estoy solo, nada me frena. Quiero cambiar de aire. Quiero libertad. Quiero un horizonte despejado. Vendo lo que me queda, cargo las máquinas y las herramientas en la camioneta y me voy al campo.

Al campo es un decir. Es acá nomás, a 80 kilómetros. Una casa con terreno que era de mi familia. Está medio abandonada, pero la pongo en funcionamiento. No necesito mucho. Monto mi taller en el galpón. La soldadora la traje porque puede hacerme falta en algún momento, pero la guardo. Ahora el centro de mi trabajo es la fragua, un horno que construyo con ladrillo y barro. Ahí quemo leña y carbón, y alcanzo las temperaturas máximas dándole aire con un